

MONSALVO ANTÓN, José María (ed.), *Sociedades urbanas y culturas políticas en la Baja Edad Media castellana*, Salamanca, Ediciones Universidad Salamanca, 2013, 254 pp., ISBN: 978-84-9012-253-2.

En los últimos años, el análisis de la sociedad y poder urbanos en la Baja Edad Media ha ido evolucionando desde planteamientos de naturaleza eminentemente político-institucional, hacia un tipo de enfoque en el que se prima el análisis de los elementos identitarios de cada uno de los actores sociales y, sobre todo, las relaciones e interrelaciones que éstos son capaces de tejer para posicionarse en el interior del sistema. En este sentido, una gran mayoría de los grupos de investigación actuales han fijado sus objetivos principales en el análisis y definición de los elementos materiales, culturales, ideológicos y discursivos, base de los procesos de construcción identitaria; en la determinación de las formas de construcción de los diferentes modelos y de los operadores intelectuales y personales (individuos, organizaciones) que

contribuyen a su elaboración; y en la delimitación de los mecanismos de relación de los diferentes modelos identitarios de cada grupo social, su imbricación en el interior del sistema urbano, y su función y aportación al proceso de construcción de un *modelo de identidad participada*.

El libro editado y dirigido por el profesor Monsalvo es un excelente ejemplo de esta innovadora línea de aproximación a la realidad sociopolítica de los concejos castellanos bajomedievales. A pesar de que, en palabras del propio director de la obra “no se buscaba.....dibujar un panorama exhaustivo de las ciudades de la Corona de Castilla.....(sino que) se trataba de incluir la contribución de unos pocos autores escogidos dispuestos a ofrecer su particular punto de vista a partir de un tema de su especialidad” (p. 10), lo cierto es que en mi opinión las contribuciones en él recogidas, pertenecientes todas ellas a medievalistas avalados por sólidos proyectos y grupos de investigación consolidados, si comparten una temática y un hilo conductor común: la capacidad demostrada de los diversos grupos sociales que configuran la “sociedad política urbana” para apropiarse de diferentes discursos, trasladarlos al espacio público y utilizarlos para la exclusiva defensa de sus intereses. Como era de esperar en una sociedad, la medieval, que comparte una serie de recursos culturales y un mismo sistema de signos, en el mismo eje articulador de dichos discursos se halla la adaptable, “maleable” y polisémica noción de “Bien Común”.

El desarrollo por parte de los gobiernos urbanos de un urbanismo concebido como expresión del honor, dignidad e identidad ciudadana, vinculado a la noción del interés general, bien común y a la conquista del espacio público es el novedoso enfoque que proporcionan los profesores Juan Antonio Bonachía y Juan Carlos Martín Cea a sus respectivas contribuciones. El sugerente título de la aportación del profesor Bonachía evoca otros recientes del mismo autor que se iniciaron con su pionera e innovadora obra sobre el “honor” y el imaginario de la ciudad de Burgos, y le sirve de pretexto para elaborar un interesante análisis comparado del desarrollo y evolución de los espacios urbanos en uno de los períodos de urbanización, dinamismo y expansión urbana más importante de la historia castellana. Los gobernantes bajomedievales, atentos y sensibles a la opinión pública, persiguieron un modelo de ciudad, un ideal urbano, espejo y reflejo de su buen gobierno. Aunque centrado exclusivamente en las acciones llevadas a cabo por los gobiernos de las ciudades castellanas en orden a la apertura de un gran espacio público: la plaza, este mismo argumentario sirve de base a la interesante aportación del profesor Martín Cea. Para este autor las funciones, usos y concepciones que singularizan a la plaza, elemento urbano esencial de la ciudad castellana y principal objetivo urbanístico de las autoridades municipales en los años finales de la Edad Media, hacen de ella un “espacio público de comunicación política, ejemplaridad cívica y sociabilidad urbana”.

El profesor José Antonio Jara es un verdadero experto en la semiótica del discurso, que ha analizado desde todos los puntos de vista del espectro sociopolítico urbano: vecindades, comunidad, élites, nobleza, etc. En esta ocasión nos introduce en un sugerente y novedoso análisis sobre los recursos discursivos desarrollados por la ciudad de Cuenca, concretamente por sus autoridades, con el objetivo de influir en la conducta

de la ambiciosa nobleza del entorno, reconduciéndola hacia una actitud cooperadora, o cuanto menos respetuosa. Se trata, sin duda, de un novedoso y actualizado enfoque para un tema clásico de la historia urbana bajomedieval: la nobleza “depredadora”. A partir de los dos grandes referentes ideológicos del discurso bajomedieval, esenciales de ese sistema de signos que todos comparten y comprenden, los conceptos “servicio” y “bien común”, nos conduce hacia otros referentes discursivos que buscan en este caso reforzar la idea y noción de “afección” y “buena voluntad”. Bajo el paraguas de este armazón ideológico, la ciudad persigue la construcción de un discurso cívico que Cuenca utiliza en su negociación con la nobleza y el rey.

La contribución de los profesores José Ramón Díaz de Durana y Jon Andoni Fernández de Larrea, apoyada en una exhaustiva documentación de archivo, se centra también en el tema de la nobleza depredadora y la presión que “el yugo nobiliario” ejerce sobre los concejos de la cornisa cantábrica. Este novedoso e interesante análisis comparado presenta en mi opinión, entre otros, un aspecto de marcado interés: la utilización del patronato eclesiástico, las relaciones clientelares y el ejercicio de los oficios públicos como estrategias habituales de la nobleza en su política de usurpación de villas durante la etapa Trastámara. Especialmente esclarecedor me ha parecido el uso de las treguas y la incitación del miedo de los vecinos a la violencia y amenazas de los linajes como instrumentos de presión.

Los rasgos identitarios y la cultura política de las élites de poder urbanas ha sido el tema escogido por el profesor Jose María Monsalvo Antón en su contribución personal al presente libro. Un primer hecho destacado me parece la elección, que comparto, del vocablo “patricio” para definir a un sector de dichas élites, los poderosos, los ricos, los que ocupan un cargo de poder, los regidores. Un sector distinguido por su preeminencia, sus privilegios, la posesión de amplias clientelas y la ostentación externa de su poder, traducida en palacios, vestimenta, séquitos, etc.; y, también, por sus actitudes: violencia rural, construcción de torres y casas fuertes en las aldeas y tensión y violencia interna entre, utilizando la misma nomenclatura del autor, los “regidores-patricios” y los “privilegiados sin poder”. Este último aspecto resalta como especialmente interesante y novedoso. Dichas tensiones, tradicionalmente entendidas como consecuencia de las discordias entre bandos-linajes, son explicadas como vinculadas a la lucha inter-élites por la pertenencia al Regimiento, entre los regidores y los privilegiados sin poder, cofrades, bandos-linajes, cuyo número de afiliados, “matrículas de linaje”, están controlados por los regidores y están excluidos del Regimiento. Estas tensiones, junto con las derivadas de los vínculos patricios con la alta nobleza titulada, las “injerencias bastardas” de la nobleza en los concejos, el patronazgo de las élites patricias locales y el uso de los acostamientos como forma de fidelización del clientelismo, constituyen la clave que explicaría las propias contradicciones de la acción política de dichas élites. En palabras del propio autor, “la acción política de las élites urbanas, a la postre, no puede ser entendida más que como resultado de ese complejo e intrincado juego de principios políticos concurrentes que circulaban por los circuitos del sistema concejil” (p. 212).

En contraposición, las contribuciones de los profesores Soledad Tena y Ernesto García Fernández nos introducen en la sugerente y actualizada concepción de que los procesos que contribuyeron a la construcción del Estado Moderno no fueron ajenos a una cierta acción “desde abajo”, en contraposición a la tesis de Habermas de que una esfera pública estructurada por la representación hace imposible la percepción de las relaciones de dominación. Los debates sobre el papel del “común” o de la comunidad en los cambios políticos, en contraposición a las posturas que defienden el liderazgo exclusivo de las élites en este sentido salpican la actualidad de la historiografía urbana. En este sentido, el trabajo de la profesora Tena viene a demostrar con éxito la utilización de las cofradías de oficios como plataforma de acceso al gobierno urbano (p. 235) tras la articulación de un discurso en “defensa del común”, manipulado por las élites del mismo. Por su parte, el trabajo del profesor García Fernández aporta, en mi opinión, un aspecto de extraordinario interés y actualidad: el análisis del discurso político, basado en la noción de “bien e pro común”, de los vecinos de las aldeas, segmento sociopolítico apenas estudiado por la historiografía urbana y del que hace, como nos tiene acostumbrados, un exhaustivo, preciso y pormenorizado análisis comparado.

Yolanda GUERRERO NAVARRETE
Universidad Autónoma de Madrid